

Alberto Girri: lo propio, lo de todos

Ida Vitale

Con asombrosa regularidad, Alberto Girri sigue cumpliendo su finalidad poética; año tras año, aparecen sus libros, que desde hace un tiempo reiteran una estructura: quince o veinte poemas, o menos, seguidos de unas pocas traducciones de aquellos poetas a los cuales los acerca cierta concepción de la poesía. Este año el título es *Lo propio, lo de todos* y los autores traducidos son Eliot, Aiken, Roethke y Lowell. También desde hace algunos años, el poeta argentino ha empezado a organizar por escrito sus reflexiones sobre la poesía bajo el título: *El motivo es el poema*, completando con ellas sus no menos reflexivos poemas.

Cada vez más ceñidamente, Girri va tras una forma que elucida un pensamiento, pensamiento que toca puntos esenciales, aunque para ello se produzca un aparente rodeo por los caminos de lo concreto. Cada vez más, reflexiones y poemas se acompañan dentro de un círculo ferozmente iluminado por una conciencia rigurosa que, establecida una actitud inicial —supongo que Girri desdeñaría la palabra "iluminación"—, conduce el lenguaje de manera

que aquella actitud quede en sus propios límites, ni más acá ni más allá del territorio correspondiente, eludiendo uno de los modos de expresión que él rechaza: el perfeccionismo. Porque éste sugiere arreglo, acomodo exterior. Alguien ha dicho, y es verdad: "Girri se muestra igualmente alejado del ímpetu neorromántico (que ve en el poema un intento de acercarse a algo situado más allá de él) como de la actitud materialista (el poema sólo como una red de combinaciones verbales)". Sus extensos poemas se desarrollan muchas veces en una sola larga frase, a veces dos, que avanza, se detiene, duda, afirma, mostrándonos las precisiones y procedimientos de un pensamiento que no se nos oculta en sus desarrollos, sino que, por el contrario, convierte este desarrollo en peripecia en busca de otra cosa. Nos propone la extravagancia —en esta época— de que vayamos despacio, reflexionemos, acompañemos, el poema por el camino que éste ha emprendido. Girri no pretende que nos dejemos deslumbrar. El camino, por supuesto, no lleva a ningún lado. El camino-poema consiste a menudo en preguntas, en sucesivas aperturas de posi-

bilidades, todas dudosas. Pero si bien aquello a lo que podríamos arribar, las presuntas respuestas, son vistas como imprecisas, en cambio Girri busca, inflexiblemente, la *claridad de definición* del poema. Esto no quiere decir que el poema se abra sin misterio a la mirada rápida: "Mal síntoma. Que el poema se deje ver de una ojeada" dice en las nuevas reflexiones de *El motivo es el poema*, en la segunda parte del libro a que nos referimos. El poema ideal sería aquel que reclama y origina un lector ideal, lector que no se conforma con la lectura superficial —lectura de la superficie del poema por la superficie del lector—, sino que intenta alcanzar con su capacidad más rica todo lo que se le sugiere.

Estas reflexiones y exigencias planteadas en torno a una obra de creación lírica pueden, es muy posible, llevar a un lector que no haya tenido previo contacto con la obra de Girri a pensar en una poesía didáctica, pretendidamente filosófica, quizás farragosa, que reclama explicaciones. No podríamos hacer mayor agravio al autor por la austeridad de darnos junto a sus poemas, el astillero en que se arman.